

El síndrome de Olenka: la dificultad de la opinión

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

*Pero lo principal, y lo peor de todo, es que no tenía ninguna opinión. Olenka veía en torno suyo los objetos y entendía todo lo que pasaba a su alrededor, pero no podía formarse opinión de nada y no sabía de qué hablar. ¡Y qué horroroso es no tener ninguna opinión! Uno ve, por ejemplo, una botella, o cómo llueve, o que pasa un mujik en un carro, pero para qué estaba esa botella, o llovía, o el mujik, qué sentido tenían, no lo hubiera podido decir ni por mil rublos (...). Tanto entre sus ideas como en su corazón tenía un vacío igual que el que reinaba en el patio. Y se sentía tan mal, tan llena de amargura, como si se hubiera dado un atracón de ajeno*¹.

Olenka es un personaje de un cuento de Chéjov que tituló *Un ángel*. Un ángel porque Olenka es el retrato de alguien que vivió sin existir realmente: tan sólo era capaz de repetir las arbitrarias opiniones de sus tres sucesivos maridos sin saber por qué, sin reflexión. Una vida sometida a otros intereses, sin preguntas, sin respuestas, vacía. Los demás interpretaron como excelsa bondad la ausencia de pensamiento y de criterios propios: un ángel. Y a esa angélica criatura le bastaban los más primitivos, ilógicos y elementales argumentos de autoridad. Revoloteaba sin llegar jamás a encontrar su lugar en el mundo.

Chéjov fue un creador de personajes cotidianos. Los dibujaba en trazos simples, sin caricaturas, sin juicios ni prejuicios, no los abarcaba por comple-

¹ Antón Chéjov, «Un ángel». Cuento integrado en el libro del autor titulado *Mi vida, el pabellón número seis y otros relatos*. Biblioteca de los Clásicos Rusos. Círculo de Lectores, Barcelona, 1991.

to, asomaban casi de modo imperceptible, natural, en cualquiera de sus momentos. De tan mortales, los personajes de Chéjov son inmortales, de cualquier tiempo, de cualquier lugar, están entre nosotros.

Olenka no tenía opinión y podía vivir. Sometida, amargada, ignorante, cumpliendo su papel de abnegación, vacía, utilizada. Pero podía vivir: sentía, reía, lloraba, amaba. Todos podemos. Pero su dificultad es nuestra también: ¿Qué pensamos de las cosas y por qué? ¿Cuál es nuestra posición en el mundo? ¿Cuánta libertad somos capaces de atribuirnos para poder manifestar nuestras opiniones? ¿Quiénes son las autoridades de nuestros argumentos? ¿Cómo construimos nuestro pensamiento? ¿Cuántas preguntas somos capaces de formular? ¿Sucumbimos a la ley del más fuerte o somos capaces de refutar sin caer en aspavientos emocionales? Muchas cuestiones surgen en torno a la opinión. Nuestra sociedad es un mundo de opinantes que hace buen uso del derecho a la libertad de expresión consagrado por la Constitución. El problema no es decir, expresarse, sino la consideración que puedan merecernos ciertos dichos y su correspondiente actuación. La palabra como justificante encubridora de acciones y posturas, de conformismos e imposturas, de silencios y complicidades indescables. Es cierto que esta profusión de opiniones, tan autoritarias muchas de ellas, nos hace a todos proclives a ser ángeles mudos, «Olenkas» con buenas intenciones y poco más. Pero la confusión podría ser menor si comenzásemos a cribar ciertas contradicciones que nos inundan suave y paulatinamente. Contradicciones, confusiones, amalgamas, referentes inadvertidos... la lengua es el juego más apasionante y la realidad más liberadora de todo ser humano.

Primer reto: la identificación de la paradoja

El origen está en la palabra y su significado: sólo ella es capaz de construir uno de los retos más difíciles para el pensamiento y con la apariencia más convincente para la razón: la paradoja. Tomando la clara definición de José Antonio Marina, paradoja es una afirmación que encierra su propia negación. También *los razonamientos aparentemente impecables, pero que conducen a contradicciones lógicas, o a las afirmaciones cuya veracidad o falsedad no puede decidirse*². Marina advierte que estas construcciones ingeniosas del pensamiento trajeron de cabeza a todos los filósofos lógicos desde Grecia hasta ahora. En su libro *My Philosophical Development*, Bertrand Russell escribe: *Una vez terminados los Principia Mathematica llegué serenamente a la determinación de resolver las paradojas. Era para mí un reto personal al que estaba dispuesto a dedicar el resto de mi vida con tal de responderlas. Mas hubo*

² José Antonio Marina, *Elogio y refutación del ingenio*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1994, pp. 206 y ss.

dos razones que me lo hicieron insoportablemente desagradable. En primer lugar, todo el problema me daba la impresión de ser trivial. En segundo lugar, que, probara por donde probara, no conseguía avanzar.

La paradoja es una artimañana, un ardid del ingenio o de la inteligencia dominadora que puede dejar inerte a cualquiera. Marina sostiene que *cada vez que aceptamos mensajes contradictorios, sin percibirlos como tales, estamos sometidos a la acción paradójica*. Y añade que el ingenio es una *paradoja pragmática*. Y para probar este aserto analiza cuatro paradojas fundamentales en nuestro mundo moderno.

La tercera de las paradojas que recoge Marina en su exquisito estudio del pensamiento humano es la que más interesa al ámbito de la opinión. Se enuncia con una frase que Marina supone *evidente para todo hombre culto*: Todas las opiniones merecen respeto o todas las opiniones son respetables, tanto da. Por nuestra educación guardiana y defensora a ultranza de las libertades individuales *aceptamos sin más el enunciado anterior. Pero si nos detenemos en el contenido real de esta frase categórica se desenmascara la paradoja y puede aprensarnos en el absurdo: la opinión que dice que mi opinión no es respetable, es respetable. Esa es la cuestión. Marina advierte que esta frase oculta una paradoja pragmática, y se muestra por el hecho de que nadie es capaz de obrar de acuerdo con ella. Nuestra tolerancia es universal, pero con muchas salvedades. ¿Nos atrapa el lenguaje? ¿O son los conceptos? ¿O el hecho de repetir asertos y aceptarlos sin detenernos en el valor real, en el significado no aparente de las palabras? Vivimos en un mundo de gestos. Lo aparente, la forma, el vestido, ocultan realidades lógicas para cualquier pensamiento bien armado. Todos podemos en algún momento de nuestra existencia ser Olenka y repetir angelicalmente aquello que detendría nuestro ritmo mental en el instante en que reflexionásemos sobre el verdadero significado de lo dicho. José Antonio Marina no se muestra muy optimista al respecto cuando acepta que, por desgracia, las paradojas tienen siete vidas y, además, caen siempre de pie, como los gatos. Y se pregunta: ¿quién fija los límites de lo opinable? ¿Es opinable el límite de lo opinable?, enredándonos así en otra paradoja irresoluble, pero con una atisbable puerta de salida: la relación entre ingenio y verdad y la necesidad de una educación en la lógica de lo que se opina para discernir entre el planteamiento falso o el aceptable. La lógica del ingenio impone una peculiar teoría de la verdad. La verdad ingeniosa es la opinión. Veamos. Para el ingenio es radicalmente necesario huir de una realidad unívoca. Todo debe poder ser dicho de muchas maneras. Todo puede ser pensado de muchas maneras. La realidad es demasiado rica y el hombre demasiado inventivo para soportar una teoría reductiva de la razón. La libertad humana, surtidor sin fin, muestra su inventiva con las interpretaciones múltiples, teorías flotantes, lógicas plurales, obras abiertas. Teme toda clausura como una caída en la sumisión y en la inercia. Encerrarse es enterrarse. Aceptar una única verdad es ramplón, empobrecedor y, si me apuran, fascista. Cada cual tenemos nuestra verdad y, como tal, irrefutable y respetable.*

Lo que no explica Marina en este texto brillante y, en cierto modo, apasionado es que equipara conceptos distintos y los unifica en su significado: verdad, opinión y creencia. Para él cada verdad es irrefutable y respetable, y este principio sostiene lo que denomina la teoría de la verdad como perspectiva y que explica de la siguiente manera: *La verdad como perspectiva ha sido inventada por personalidades de gran vigor creativo, que han disfrutado con la multiplicidad de lo real, con las diferencias entre sujetos. Se negaron a perder tan hermoso espectáculo por someterse a una verdad unívoca. El punto de vista individual —escribe Ortega— me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo de verdad. Cada hombre tiene una misión de verdad. Donde está su pupila no está otra. Cosas semejante podríamos leer en Nietzsche o en Sartre. En todos estos autores hay una alegría semejante ante la pluralidad que resulta estimulante. Nunca he sentido entusiasmo por las verdades objetivas, decía Sartre. Todas las ideas son ideas de alguien. El mundo es un brillo incesante de opiniones y el pensador ingenioso no quiere prescindir de ninguna. En esto muestra el mismo entusiasmo que ha mostrado el arte de este siglo. Todo vale, lo antiguo, lo moderno, lo normal, lo patológico, lo primitivo, lo vanguardista, lo naïf, lo electrónico. El hombre ha de sentirse nuevo rico porque lo es. Tiene muchos posibles y los quiere todos. Es un constructor de mundos.*

Este es el meollo de la cuestión. La verdad tiene que recorrer el camino de la opinión y asentarse en creencias individuales. De modo que la relatividad presumible de toda verdad queda a merced de una fuerza difícil de definir, pero imbatible, parece ser, a la razón: la seducción de la palabra. Esa es la tesis de J. A. Marina cuando afirma rotundamente que la lógica del ingenio es implacable. Y vuelve a la paradoja del principio: *¿Es todo opinable? La proposición «Toda verdad es perspectiva», ¿es una verdad perspectiva?, ¿o es una verdad absoluta? La afirmación «La única verdad absoluta es que toda verdad es relativa» ¿es una paradoja?... Creo que sí. Y creo, además, que es una paradoja vivida, pragmática, que afecta al comportamiento de todos. Nos sentimos condenados a cristalizarnos o a esfumarnos. Necesitamos referencias firmes para no perdernos y tememos las referencias firmes porque nos determinan. La paradoja parece insoluble.*

La postura relativista a la que nos conduce la aceptación de esta paradoja insalvable respecto a la validez de toda opinión no es nueva ni producto del cúmulo de conocimientos que los medios de comunicación han traído a nuestro siglo. Cuando Protágoras sentenció que *el hombre es la medida de todas las cosas* puso la primera piedra de toda una teoría relativista, aunque la libertad de opinión de la que hizo gala por hablar de los dioses le valió la condena de Atenas y la destrucción de sus obras. Murió huyendo de sus perseguidores. Y, desde entonces, lo dogmático y lo relativo han estado pugnan-do en la cultura de nuestro mundo occidental. La opinión se debate todavía entre autoritarismo y escepticismo, sometimiento o revisión constante, siempre que entendamos como opinión la expresión con palabras de un pensa-

miento o una idea. El problema es obvio: si acepto todas las opiniones como respetables me quedo sin opinión, no podré expresar nada. En cuanto la manifieste alguien me acusará de dogmático por no coincidir con la mía. Este es el espectáculo que nos sirven todos los programas de debate de radio y televisión. Porque sólo es eso: espectáculo. Ideología y creencia son las balas y la palabra la pistola. El más educado querrá persuadir con argumentos quizá tramposos pero al menos ingeniosos y el más grosero convencer con el grito, la acusación y el robo de la palabra al contrario. Un espectáculo que nada tiene que ver con un proceso dialéctico al modo socrático para encontrar un camino de conocimiento y reflexión.

Dogmatismo y relativismo

Julio Caro Baroja aborda la paradoja de la opinión acudiendo al análisis semántico de dos palabras, dogmatismo y relativismo, que unifican una realidad en apariencia contradictoria: *En una época como la nuestra, en la que vemos el influjo fuerte que han ejercido las posiciones políticas de tipo dogmático de signos contrarios, pero tan absolutistas y autoritarias unas con otras, en la vida de países de primera importancia por su capacidad intelectual, por su riqueza o por otras razones que las hicieron fuertes y temibles, el meditar, aunque sea en un rincón oscuro, acerca de la tendencia dogmática que han demostrado los hombres a través del tiempo y en espacios lejanos entre sí, parece que es necesidad imperiosa. Más todavía cuando observamos que, en nuestro tiempo, en el mismo en el que se han dado los dogmatismos más fuertes, se dan también en muchos ámbitos unas posiciones contrarias que son las que, en términos generales, pueden ser llamadas relativistas. Dogmatismo de un lado. Relativismo del otro. Simultáneos, encontrados y ejerciendo su acción no sólo sobre pueblos y naciones o sociedades numéricamente considerables, sino también sobre la conciencia individual, empezando por la propia*³.

Caro Baroja analiza ambos términos con la sabiduría de la síntesis didáctica y amena. Y ensayos de esta naturaleza deberían estar más presentes en la formación de aquellos que tendrán que trabajar con un material de tanta trascendencia social como son los hechos que ocurren (texto), con sus circunstancias (contexto) y las opiniones que susciten. Ser periodista es hoy una profesión que exige un alto nivel de responsabilidad y conocimiento, empezando, claro está, por el conocimiento de la propia conciencia. No se trata de educar ideologías, sino de conseguir unos criterios cuya base fuerte ha sido la reflexión y el análisis sobre lo que se dice, cómo se dice, con qué objeto, con qué responsabilidad, con cuánta libertad e independencia. Es decir, lo contrario de lo que le pasaba a Olenka. Y entre el dogmatismo político

³ Julio Caro Baroja, *Palabra, sombra equívoca*. Tusquets, Barcelona, 1989, p. 125.

y filosófico, que propugnan verdades absolutas e irrefutables en nombre de las que se debe actuar, luchar, aceptar lo inaceptable para la buena razón, etc., hasta el relativismo que también puede justificar cualquier postura e impostura, cualquier acción, cualquier oportuna *verdad*, el camino es confuso y lleno de trampas. Quizá si aprendiéramos a mirar detrás del espejo de la retórica, retórica de gestos, retórica de palabras, sobre todo palabras, iniciaríamos un ejercicio de reflexión constante que mantendría ágiles y alerta los mecanismos del pensamiento. Un ejercicio que de algún modo debiera exigirse a todos aquellos que un derecho fundamental como es la libertad de expresión lo utilizarán como bandera, arma y herramienta profesional. Todo un privilegio. Pero hay que dar cuentas de su uso honesto. Es una cuestión difícil y ampliamente debatida en todos los países que reconocen y defienden la libertad de expresión. Pero la dificultad para establecer unos límites que no choquen contra la libertad de decir —por ejemplo, los códigos éticos— no justificará nunca la irresponsabilidad en el uso de la palabra, *rayo de luz y flecha asesina* como la bautizó Václav Havel en su bellissimo discurso de agradecimiento al Premio Nobel de la Paz. Havel insistió en el poder de la palabra: *¿no es la palabra la fuente más íntima de nuestro ser, el fundamento mismo, incluso, de una manera de existir?*, y recuerda el Génesis: el verbo es el principio. Analiza la palabra como constructora absoluta del pensamiento y nos pide que la amemos con ese respeto propio del más excelso reconocimiento. Y del supremo valor de la palabra nos invita a reflexionar con este más que sugestivo texto: *¿Qué pensar de Lenin, fue la suya palabra liberadora o engañosa?; de Marx, ¿sacó a la luz todo un lienzo oculto de los mecanismos sociales, o no fue sino el germen discreto de todos los terribles «gulags» futuros?; de Freud, ¿reveló su discurso el universo misterioso del alma humana o no ha sido más que el punto de partida de una ilusión con la que hoy se droga la mitad de Estados Unidos?; esa droga que consiste en que, para librarse de su desgracia y de sus faltas, basta con abandonar el fardo a la interpretación de un especialista generosamente pagado; de Cristo, yendo más lejos... ¿Ha servido de punto de partida a la historia de nuestra salvación y ha influido con un poder incomparable sobre el desarrollo cultural del mundo, o ha sido el germen espiritual de las Cruzadas, de las inquisiciones? (...).*

¡Curioso destino el de las palabras! Los mismos nombres valerosos e independientes de espíritu se hacen arrojar en mazmorras porque cierta palabra significa para ellos cierta cosa, y al día siguiente porque esa misma palabra ya no quiere decir nada.

Cada palabra encierra en sí la persona que la pronuncia, la situación en la que es pronunciada y la razón que quiere que sea pronunciada. La misma palabra brilla un día con una inmensa esperanza y otro no emite más que rayos de muerte...

En el principio de todo está la palabra

*Es el milagro al que debemos ser hombres
Pero también es la trampa, la prueba, la argucia y el test*⁴.

La trampa, la argucia, el ingenio

La palabra es la razón, el arma, la base, la trampa, la confusión, la idea. La argucia es una actitud, un método, un medio, un fin. Palabra y argucia constituyen el ingenio. Y el ingenio es una paradoja pragmática. El círculo no se cierra: es la espiral. Inacabable, inabordable. Todo un mundo al que llamamos opinión, difícil, laberíntico. Pero necesario. Los medios de comunicación social transportan la opinión con esa velocidad que describe nuestro tiempo: sin tiempo para digerir. Y en nombre de la libertad de expresión todas las opiniones son respetables. Este problema lógico crea muchas Olenka y muchas voces que comienzan a manifestarse con preguntas que de veras quieren obtener respuesta. ¿Es posible que todo pueda ser posible? ¿Todo vale? ¿No hay límites?... Pero la espiral se traga de nuevo cualquier manifestación, aviso u objeción en su seno de paradoja pragmática. Trampas como telas de araña. Las grandes palabras lo llenan todo, lo tapan todo. Con ellas se construyen argumentos grandilocuentes fácilmente refutables si no nos dejamos atrapar por la primera apariencia de las palabras. Por ejemplo, un editorial de *ABC* del pasado 20 de enero comenzaba así: *O se está con la libertad de expresión o se está en contra de la libertad de expresión*⁵. Esta petición de principio quiere invalidar de entrada —y de salida— cualquier objeción a su tesis: *defender el derecho de transmitir las declaraciones de un personaje público*, Julián Sancristóbal, que por el momento y por el modo en que se hicieron públicas fueron objeto de fuertes críticas y controversias por parte de todos los representantes sociales. No niego el derecho que tiene *ABC* a participar en la polémica con una postura clara a favor de su publicación: del debate nacen ideas, se afinan posturas. El problema es la forma. La petición de principio intenta invalidar cualquier otra opinión. Por supuesto, si la opinión es contraria se está en contra de la libertad de expresión. Otra vez la paradoja del principio. Olenka se pierde.

Una petición de principio como la reseñada es una falacia. No debe aceptarse. Porque toda aquella afirmación paradójica que no deja opción a matices constituye un falseamiento de la realidad, aunque sea con los tintes más brillantes del ingenio aparentemente lógico. Un ingenio que nos introduce en la espiral con la falacia de estos razonamientos circulares: se afirma o se niega en la conclusión lo mismo que ya estaba afirmado o negado en las premisas. No hay salida.

⁴ Václav Havel, artículo en *ABC Literario*, del 6 de enero de 1990.

⁵ *ABC*: Artículo editorial titulado «TVE y la libertad de expresión», 20 de enero de 1995.

Otro ejemplo. Esta vez es un programa de radio en el que se invita al oyente a participar en un debate cuyo dilema viene dado por esta pregunta: ¿qué prefiere usted, un mundo con justicia, pero sin orden o un mundo con orden, pero sin justicia?

Hubo debate, claro. Pero viciado por un supuesto vicioso. La pregunta es un brillante e ingenioso retruécano que encierra la trampa de otra falacia muy extendida: la falsa oposición. Aquí, orden y justicia se han opuesto significativa y tajantemente. Es probable que al que se le ocurrió recordara esa anécdota que se repite sobre Goethe y que no sé si es cierta o no en su totalidad. Goethe dijo: *prefiero el orden a la justicia* o al menos eso dicen que Goethe dijo. La verdad es que he escuchado la frase en multitud de ocasiones. Pero también he escuchado la frase completa que también dicen que Goethe dijo: *porque todo desorden genera injusticia*. En todo caso, en Goethe es pura retórica: construye una falsa oposición para llamar nuestra atención a la verdadera conjunción inseparable de los términos orden y justicia. No era el caso de la pregunta del programa de radio.

La verdad es que las trampas, argucias e ingeniosidades se suceden en todos los medios periodísticos de múltiples maneras: preguntas capciosas, falaces argumentaciones como la apelación a la ignorancia, analogías inaceptables, argumentos *ad hominem*, de autoridad, falsa causalidad, reducción al absurdo, etc. Sería excesivo nombrar todas las posibles falacias y combinaciones entre ellas que podemos construir con dos realidades: la idea y la palabra.

Además de todo lo anterior, que no es poco, se utiliza ahora un término extrapolado de otra realidad para definir cierta confusión semántica propia, como apuntaba antes, de los medios de comunicación social: la contaminación. De ella hablan los dos Marías, padre e hijo, Julián y Javier. En un artículo titulado *La contaminación mental* —publicado en la «tercera» de ABC—, Julián Marías asegura que el hombre vive en el ámbito de la verdad y que la necesita para entender la realidad, para orientarse en la vida. *Las creencias y las ideas son lo más íntimo y cercano a nosotros, lo que más condiciona quiénes somos y quiénes podemos ser. Ahora bien —advierte—, una porción considerable de lo que oímos o leemos es falso, es una deformación de la realidad, y significa literalmente una polución o contaminación de ella. Frente a esto casi todo el mundo está indefenso. Es poco probable que la mayoría de las personas tenga la capacidad y el hábito de darse cuenta de ello; es aún más improbable que se les advierta. Lo más frecuente es que a cada estímulo falso sigan otros que lo refuercen y lo hagan arraigar*⁶. Julián Marías denuncia a los mentirosos que, explica, pueden ser de varias clases: los ignorantes, los irresponsables y, los peores según su criterio, los falseadores conscientes. A ellos está dedicado su escrito, un alegato —algo platónico a mi entender— contra el exceso de opinión y su

⁶ Julián Marías, *La contaminación mental*. ABC 18-11-1993.

pecado inevitable, la mentira: *lo verdaderamente grave es la mentira, la distorsión deliberada de la realidad, su suplantación o desfiguración. Esta es la causa de la más peligrosa contaminación mental (...). Cuando alguien miente, sobre todo si es en asunto grave y con efectos públicos, hay que abstenerse de todo trato intelectual con él, no hay que prestarle ningún apoyo ni colaboración para que lleve adelante —en la política, en los medios de comunicación, en la vida intelectual, en la convivencia— su campaña de contaminación mental. A veces, es difícil respirar físicamente; peor es no poder respirar después de leer un periódico, un libro o haber pasado un rato ante la pantalla de la televisión.*

No es fácil llevar estos consejos a la práctica y Marías tampoco nos dice cómo hacerlo: ¿qué tribunal decidirá cada día a quién condenar al ostracismo y a quién salvar? ¿Habrán cicuta para todos? Qué cerca está ese Ministerio de la Verdad de Orwell.

Javier Marías también aborda la misma metáfora, aunque su discurso es otro: *Es curioso que sea ahora cuando se está produciendo una contaminación considerable, que no afecta al conjunto de la lengua —no podría—, pero sí al lenguaje periodístico y a determinados vocablos o expresiones que fueron fundamentales hace no mucho y que hoy van quedando casi inservibles. Hasta cierto punto repugna hacer uso de ellos, están tan manoseados o ensalivados, tan usurpados, tan trivializados, pertenecen ya también a tantos miserables, que se siente la tentación de no volver a emplearlos o de cogerlos sólo con pinzas y guantes esterilizados. Todos sabemos que la mejor manera de desvalorizar y destruir una palabra es repetirla hasta la saciedad y abusar de ella (quién no ha jugado a decir muchas veces seguidas hasta verle perder su significado); la segunda mejor manera es su apropiación por parte de quienes no creen en ella, su consiguiente rebajamiento, su inexorable envilecimiento. Para ello, claro está, hacen falta grandes dosis de cinismo, pero de eso no andamos faltos hoy en España. El criterio es, además, una buena ayuda para este tipo de operaciones falseadoras, y de eso andamos también sobrados, o es más, se podría decir que casi no hay más que de eso desde hace bastante tiempo, en la prensa, la radio y la televisión, que —no nos engañemos— es lo que se hace oír, no desde luego el Parlamento. La confusión empieza a ser absoluta y no es sólo que cada vez sepamos menos lo que queremos (lo cual es normal), sino que ni siquiera sabemos ya qué no queremos (lo cual es del todo anómalo y de lo más preocupante).*

En este artículo que Javier Marías tituló *Pringue* y que publicó en *El País*⁷ la palabra recobra una atención especial: su significado, su uso, su abuso. Marías analiza vocablos como democracia y su adjetivo demócrata y denuncia a los que nos engañan con sus arteras contradicciones. Pero hace un especial hincapié en dos conceptos clave: libertad de expresión e independencia. En cuanto a la libertad de expresión, *la pobre está tan sobada* —arguye

⁷ Javier Marías, *Pringue*. Artículo publicado en *El País* en la página de «Opinión», el 11 de diciembre de 1994.

Mariás hijo— *que su sola mención hace torcer el gesto. Por un lado, se la invoca continuamente para los menesteres más mezquinos, hasta haberle hecho perder su sentido: para insultar, para difamar, para calumniar, para acusar sin pruebas, para vociferar más y acallar al prójimo. Por otro, se pide —con el Ministerio de Asuntos Sociales a la cabeza, emparejado con los obispos— cada vez más censura y más limitaciones, para la inicua televisión principalmente. El concepto quedó ya inservible del todo cuando apeló a ella hace un año un sacamuelas rufianesco que tenía por costumbre sentar a personas en un sillón de ortodoncia televisiva para que escupieran veneno contra ellas mismas y sus semejantes. Mayor cinismo y trivialidad no pudo darse, la «libertad de expresión» quedó para el arrastre.*

Unas semanas antes de la publicación del artículo de Javier Mariás, el diario *El País* recogía una pequeña encuesta realizada entre los corresponsales en España de destacados medios informativos mundiales en la que se contestaba a una sola pregunta: ¿Se puede insultar en sus respectivos periódicos sin que pase nada? ⁸ Hubo unanimidad en subrayar dos aspectos: primero, que en España el insulto es excesivo e impune; segundo, que en sus respectivos países eso es inconcebible. Por ejemplo, Tom Burns del *Financial Times*, diario económico de Londres, responde: *En nuestra prensa británica sería inconcebible el frecuente recurso al insulto personal que se da en la prensa española. Incluso una simple insinuación maliciosa puede acabar con un periodista en un tribunal*, y asegura que en Gran Bretaña existe una ley antilibelo muy desarrollada. *Por eso los periodistas —dice— nos guardamos mucho de hacer juicios personales que puedan ser interpretados contra el honor de la persona, porque nos la cargamos, cosa que no está reñida con la máxima libertad de información.* Alan Riding, representante de *The New York Times* en Francia y España matiza: *El peligro que yo veo en España, como en algunos países de América Latina con democracias aún no del todo maduras, es que los periodistas se crean los dueños de la verdad y quieran sustituir a los jueces. Mi experiencia me dice que al final la sociedad acaba rechazándolos, porque de la prensa espera un comportamiento más distante y responsable, tanto en el campo verbal como en el de las intrigas y compromisos políticos, de aquellos mismos a quienes tiene que criticar o denunciar. En este momento, dice el corresponsal de *The New York Times*, existe entre nosotros un debate incluso sobre si reproducir o no insultos a personajes públicos pronunciados por otros* ⁹.

Todo esto debe enlazarse con varios conceptos que no tienen de ningún modo un consenso en nuestra realidad periodística y que se utilizan según los intereses muy particulares de cada protagonista. Así, por ejemplo, la palabra independencia, el adjetivo independiente. Resulta curiosa la tendencia a identificar el significado de este sustantivo y adjetivo con el periodismo de

⁸ Juan Arias, *El defensor del lector: ¿se puede insultar en la prensa?* Artículo publicado en *El País*, el 27 de noviembre de 1994.

⁹ Artículo de la sección *El defensor del lector*, firmado por Juan Arias en el diario *El País*, y publicado el 27 de noviembre de 1994.

griterío que está en contra de todo no por sistema, sino como sistema. Así, independencia es igual a denuncia e insulto constante, ataque, exclusivas escandalosas. Cuando hay medios que ponen del revés el viejo Derecho Romano —*prueba el que afirma y no el que niega*, o traducido al concepto de hoy, el derecho a la presunción de inocencia— y el que niega no tiene ni siquiera la posibilidad de hacerlo y ha de cargar con la presunción de culpabilidad, entonces hay quien piensa que qué independientes son esos medios. Confuso panorama. Javier Marías acusa esta situación en el artículo citado anteriormente y tiene para esa prensa un reproche un tanto amargo: *Es muy curioso que en un país en el que tantos están siendo acusados de corruptos, y a menudo con razón —políticos, banqueros, agentes de bolsa, empresarios, directores de la Guardia Civil—, nadie haya intentado ni logrado corromper a un periodista, según parece (...). Quizá yo sea un pesimista y nuestra prensa sea la única institución a la que no se investiga simplemente porque es la única limpia. Sería perder el tiempo y malgastar palabras. Quizá sería atentar contra la libertad de expresión, contra la democracia, contra la independencia. Esta vez no les pongo comillas, es decir, las cojo sin pinzas ni guantes para ver hasta dónde pinchan.*

Los límites

Este fin de siglo va a caracterizarse, entre otras cosas, por una actitud de revisionismo hacia los conceptos ideales y absolutos. La libertad es uno de ellos. Libertad de expresión y su derecho inherente de información. La tolerancia es otro. El mundo occidental empieza a desconfiar de aquellos términos que implican una aceptación del «todo vale». Cuando el pasado 19 de abril una bomba contra un edificio federal de Oklahoma, en Estados Unidos, nos enseñó el rostro brutal de la muerte absurda y del horror, como siempre inexplicable, los analistas norteamericanos ya estaban volviendo la cara y el dedo acusador hacia todo un ejército de opinantes que invade las páginas de los periódicos y, sobre todo, los canales audiovisuales de ese país. Opinantes agresivos que no ocultan sino que presumen de su agresividad, xenofobia, racismo y otras actitudes de violencia excluyente. En nombre de la libertad de expresión, opinan sin límite alguno. Acusan, vapulean, incitan a «la acción», excitan los ánimos patrioterros, etc. No, dicen a coro estos analistas, no todas las opiniones pueden respetarse. Hay que poner límites.

Francia, 2 de mayo de 1995: un mitin de Jean Marie Le Pen exagera las violentas mentes de unos cabezas rapadas. Las opiniones del racista político francés, su fiebre nacionalista, su discurso ideológico donde no tiene cabida el otro, el distinto, provoca el exterminio: ese es el mensaje. Y los *skin heads* parece que fueron consecuentes. A la salida se toparon con un magrebí. Lo arrojaron al Sena. Murió ahogado. Y Francia se conmueve. ¿Es tolerable tanta intolerancia?

No es fácil salir de la paradoja. Los periodistas españoles organizan de vez en cuando debates sobre la conveniencia de la autorregulación de los medios de comunicación social, o la regulación legal. Hay opiniones que defienden y atacan ambas posturas. Para los que desearían disposiciones legales que aporten cierta claridad en los límites que creen necesarios, el rechazo de los que sólo aceptarían el autocontrol se interpreta como una propuesta corporativa para conseguir la impunidad. Jaime García Añoveros, ex ministro de Hacienda y catedrático de Derecho Financiero y Tributario, expresó en uno de estos debates su perplejidad por la propuesta de los periodistas de autorregularse frente a la existencia de abusos. *Si en cualquier sector de la sociedad se producen desmanes, los autores acaban siendo sometidos a juicio*, explicó, y añadió que con tal medida los periodistas quieren ser irresponsables. También Emilio Lamo de Espinosa, ex secretario general del Consejo de Universidades y catedrático de Sociología, defendió que los medios de comunicación son un poder y que, por tanto, deberían ser controlados. *Mediante la autorregulación —matizó— tratan de evitar ese control*, y pidió un *planteamiento más serio que el estrictamente corporativo*¹⁰. Pero también son numerosas las voces que argumentan lo contrario: establecer límites legales es recortar las libertades que gozamos y que tanto nos han costado reconocer.

De momento, no hay acuerdo y el debate es internacional. Pero la palabra *límites* ha hecho su aparición y no se irá. Mientras tanto, existen voces sensatas que aportan ideas desde otras perspectivas más cercanas a la reflexión práctica. Mauro Wolf, catedrático de Técnica del Lenguaje Televisivo en el Instituto de Comunicación de la Universidad de Bolonia, afirmó en una convención internacional en Locarno (Suiza): *No se comprende por qué una sociedad cada día más opaca, compleja y difícil de interpretar deba ofrecer un periodismo simplificado, de griterío o espectacular. Para quien desee divertirse existen otras profesiones y otras formas de comunicación (...). El periodismo debe ser cada vez más consciente de que no puede desarrollar su papel sin pagar un precio a su sentido de la responsabilidad y sin pagar el peaje de estar a la altura de la sociedad que pretende describir y servir.*

En la misma línea de crítica a un cierto periodismo que cree saber lo que le gusta al público y que actúa con una cierta irresponsabilidad tanto por sus informaciones como por sus imprudentes opiniones se ha movido otro gran experto francés de la información, Dominique Wolton, director del Laboratoire Communication et Politique del CNRS de París. *Una de las lacras del periodismo —afirma— es que, con frecuencia, los periodistas se comportan como jueces de lo que interesa o no al público, que presumen de saber lo que siente el*

¹⁰ Declaraciones recogidas de una noticia publicada por el diario *El País*, del 28 de noviembre de 1994. Se refiere a un debate sobre *Sanción sin juicio*, organizado la semana anterior por la Fundación Encuentro, en Madrid.

público o a qué ritmo *desea la información.*» Wolton alerta al periodismo acerca de dos peligros que considera graves para la información: que los informadores acaben convirtiéndose en meros *portavoces* de unos políticos que han comprendido la fuerza de la información y el que, por miedo a la homología con los otros periódicos —que, por falta de investigación, acaban ofreciendo el 90 por 100 de la información idéntica a los demás—, se vaya a una búsqueda desesperada y compulsiva de la exclusiva cotidiana ¹¹.

Los límites tienen ya una gran actividad con sólo nombrarlos. Sobre todo si tenemos en cuenta, y por lo que se desprende de todo lo anterior, que son los propios periodistas los que debaten sobre este concepto de responsabilidad exigible, los que denuncian los abusos, los que no están satisfechos en definitiva con una realidad en ocasiones muy poco alentadora. Y son conscientes del enorme poder que ejercen sobre una sociedad que no tolera ni perdona un engaño perpetuo. El columnista de *El País*, Arcadi Espada, escribió acerca de esta exigencia de responsabilidad: *Cuando alguien les reprocha —a los periodistas—, la inanidad de su discurso, su automática falta de profundidad, cuando alguien detecta falta de sudor o de agudeza, de lecturas o de meditación, se emberrenchinan: ¡Esto no es una tesis doctoral! Y no lo es, en efecto: el impacto colectivo de sus obras es infinitamente más importante que una tesis doctoral* ¹².

El problema de la verdad

La multitud de interpretaciones que sólo la pronunciación de la palabra verdad puede acarrear, dependiendo además de factores culturales, morales y religiosos, es inabarcable. Tanto es así, que Umberto Eco se atreve a definir toda una nueva ciencia, la semiótica, desde el concepto del contrario de la verdad, la mentira: *La semiótica es, en principio, la disciplina que estudia todo lo que puede usarse para mentir. Si una cosa no puede usarse para mentir, tampoco puede usarse para decir la verdad: en realidad, no puede usarse para decir nada. La definición «teoría de la mentira» podría representar un programa satisfactorio para una semiótica general* ¹³.

Eco construye una paradoja ingeniosa para establecer la dualidad del concepto verdad/mentira. Pero el modo de partir en la explicación de un concepto basándose en considerar previamente la dualidad del mismo tiene su más inmediato precedente en la nueva teoría del lenguaje iniciada a partir de Saussure. Aun así, la palabra mentira tiene también tantos matices como los de su antónima, verdad. Por tanto, sería conveniente fijarse en los dos

¹¹ Declaraciones recogidas en un artículo del defensor del lector de *El País*, Juan Arias, publicado el 12 de febrero de 1995.

¹² Arcadi Espada, *Loach, Semprún. El País*, 20 de abril de 1995.

¹³ Umberto Eco, *Tratado de semiótica general*. Barcelona, Lumen, 1981, p. 31.

sentidos posibles en los que se acomoda el concepto verdad/mentira: *a)* para referirse a una proposición; *b)* para referirse a una realidad. En el primer caso se dice de una proposición que es verdadera a diferencia de falsa. En el segundo caso, se dice de una realidad que es verdadera a diferencia de aparente, ilusoria, inexistente, etc. Es decir, ante todo, el binomio verdad/mentira recoge en su esencia toda teoría de la interpretación humana o hermenéutica.

Según el filósofo Ferrater Mora ¹⁴, esta visión de la verdad como interpretación ya predominó en los comienzos de la filosofía cuando los filósofos griegos comenzaron a buscar la verdad o lo verdadero frente a la falsedad, la ilusión, la apariencia. Identificaron la verdad con la realidad, y la realidad con la permanencia. Lo permanente era concebido como lo verdadero frente a lo cambiante, que no era considerado necesariamente como falso, sino sólo como aparentemente verdadero sin serlo «en verdad». Los griegos no se ocuparon solamente de la verdad como realidad. Se ocuparon también de la verdad como propiedad de ciertos enunciados, de los cuales se dice que son verdaderos. Aunque antes de Aristóteles ya se había concebido la verdad como propiedad de ciertos enunciados, la fórmula más conocida es la que se encuentra en Aristóteles: *Decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, es lo falso; decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es lo verdadero* ¹⁵. Se atribuye también a Aristóteles la *concepción semántica de la verdad*. Toda la historia de la filosofía ha estado marcada por la delimitación del concepto de verdad con todos los casi infinitos matices que de él pueden derivarse. No es posible ni pertinente un resumen de ello en estas páginas, pero sí el intento de relacionar aquellos aspectos que se entroncan con el concepto de verdad y su inferencia en el ideal de la objetividad en la redacción periodística. Así, inevitablemente, sería necesario hacer referencia a un concepto filosófico, o grupo de corrientes filosóficas, el *pragmatismo*, nacido y desarrollado en Estados Unidos y en Inglaterra, principalmente, que sostiene que la mejor manera de actuar es aquella que resulta más eficaz. El filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce, máximo representante de esta corriente, la definió en su *Máxima pragmática* de la siguiente manera: *Consideramos el objeto de nuestras concepciones considerando los efectos que pueden ser concebibles como susceptibles de alcance práctico. Así pues, nuestra concepción de estos efectos equivale al conjunto de nuestra concepción del objeto* ¹⁶. Pero todos los intentos de dar una definición suficiente a esta corriente de pensamiento han fracasado en virtud de la multiplicidad de tendencias e interpretaciones de las que ha sido objeto. Sin embargo, lo que nos importa de todo ello es la teoría de la verdad que se desarrolló al amparo del nombre de *pragmatismo*, se-

¹⁴ José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía* (4 vol.). Madrid, 1990, Alianza, en 4 vol., pp. 3397-3412.

¹⁵ Aristóteles, *Metafísica*, I, 7, 1011, b), pp. 26-28.

¹⁶ Citado por Ferrater Mora, *op. cit.*, p. 2657, vol. 3.

gún la cual *la verdad está ligada a la investigación* (Peirce). Y no hay nada verdadero que no sea satisfactorio. Los pragmatistas sostienen entonces (W. James) que *lo verdadero es lo útil*. El conocimiento útil está próximo a la verdad. Este sentido lo recoge, por ejemplo, Jean-François Revel en su obra *El conocimiento inútil*, dándole la vuelta. La obra, que es un pormenorizado análisis de los medios informativos respecto a su actuación desinformativa y sus efectos sociales, además de una interrogación continua sobre el rechazo de la verdad por parte del hombre de hoy —con valoraciones, en ocasiones, muy discutibles, como todo— comienza con una afirmación tajante: *la primera fuerza de todas las que dirigen el mundo es la mentira*¹⁷.

Otra vez el binomio verdad/mentira en conjunción inseparable. El periodismo anglosajón, y ahora también el latino debido a su influencia, se halla influido por este sentido pragmático de la verdad: no es una cuestión que apele sólo a la moral o a la ética, sino también a la utilidad, al crédito que pueda derivarse de dicha utilidad.

No hay, en rigor, un concepto absoluto del concepto verdad. Junto al pragmatismo, la teoría de la verdad que defienden la mayor parte de los idealistas es la de *coherencia*, teoría que sostienen también los positivistas. En nuestra cultura influye fuertemente otra postura que es la teoría existencial de la verdad¹⁸ en la que prevalece el sentido ético que definió Ortega como la *coincidencia del hombre consigo mismo*. No se puede dejar de mencionar la teoría relativista de la verdad (no hay verdades absolutas) que ejerce una gran influencia en el pensamiento actual, y la teoría historicista (las verdades están en la historia, es decir, toda verdad es relativa al tiempo o época en la que es formulada). Estas dos últimas teorías sobre la verdad —relativista e historicista— tienen en común el suponer, según la consagrada fórmula, que *veritas filia temporis*: la verdad es hija del tiempo.

En consecuencia, y a modo de ejercicio sincrédito de todo lo anterior, podemos deducir: la verdad está ligada a la investigación, a la búsqueda honesta; la verdad implica cierta coherencia y coincidencia existencial; la verdad es relativa, nunca absoluta. La filosofía moderna, heredera de la sabiduría aristotélica, propone la clasificación del término para alejarlo del vacío de lo absoluto:

Verdad lógica o semántica: la no contradicción en los argumentos.

Verdad epistemológica: la adecuación de entendimiento y del conocimiento a la realidad.

Verdad ontológica: la realidad es algo distinto de la apariencia.

¹⁷ Jean-François Revel, *El conocimiento inútil*. Barcelona, Planeta, 1989, p. 9.

¹⁸ Este concepto está desarrollado por José Ortega y Gasset, *La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo*, lección VII de «En torno a Galileo», curso de 1933, en Madrid, recogido en obras completas. Revista de Occidente, Madrid, 1966, vol. 5, pp. 81-92.

La objetividad: ¿de qué se habla?

El concepto de objetividad tiene una gran concordancia con el problema de la verdad y de su opuesto, la mentira. En el mundo de la información se traducen estos vocablos por información veraz u objetiva, o por desinformación o error informativo, según los casos y las circunstancias. Sería imposible exponer aquí todas las voces que se han pronunciado acerca de este concepto cuasi filosófico como es la objetividad. Pero sí hay que reconocer que el debate enriquece todas las posiciones ideológicas al respecto. El diálogo como el método socrático de búsqueda. A mi entender, quedan desacreditadas todas aquellas otras voces que ante la sola pronunciación de la palabra objetividad lanzan un gesto de desprecio absoluto, negando toda posibilidad, todo matiz, y, por consiguiente, el descrédito total como imposición tal vez dogmática. Esta postura recuerda a la de los políticos o los poetas de la apología de Sócrates que escribió Platón. Y, ante ello, habría que recordar la reflexión de Aristóteles: *la imposibilidad de una posesión completa de la verdad en su conjunto y en sus partes, prueba todo lo difícil que es la indagación de que se trata. Esta dificultad es doble. Sin embargo, quizá la causa de ser así no está en las cosas, sino en nosotros mismos. En efecto, lo mismo que a los ojos de los murciélagos ofusca la luz del día, lo mismo a la inteligencia de nuestra alma ofuscan las cosas que tienen en sí mismas la más brillante evidencia*¹⁹.

Nuestra sociedad occidental se caracteriza por una conjunción de idealismo y pragmatismo. Por ello, ningún medio periodístico se atribuye el mensaje de la verdad y nada más que la verdad, pero sí se hacen todas las posibles referencias a que la información que suministran es veraz, pluralista, respetuosa con el orden democrático y social, y alejada de toda presión ideológica, económica o religiosa que trate de poner la información al servicio de sus intereses, y, junto a ello, una solemne declaración de independencia²⁰. Todos sabemos de las contradicciones o incoherencias manifiestas o traiciones a estas declaraciones de principios que presiden todo organismo informativo. El argumento defensivo que se esgrime ante ello es que la verdad absoluta no existe y que es necesario, en todo caso, acomodarse a las circunstancias, al conocimiento útil. Pero la meta realista, no la puramente idealista, para un periodismo ético, objetivo, es hacer las menores concesiones posibles, porque, en palabras de Gene Gilmore, un avezado periodista norteamericano, *ser pragmático no es lo mismo que ser venal o cobarde. Los mejores directores*

¹⁹ Aristóteles, *Metafísica*. Trad. Patricio de Azcárate. Madrid, Espasa-Calpe (col. Austral), 1988, Libro II, p. 72.

²⁰ Véase, por ejemplo, el *Libro de estilo* de *El País*, cap. I, p. 15. También el *Estatuto de la redacción*, de *El Mundo*, publicado en ese diario en el suplemento Comunicación de 15 de diciembre de 1990.

*elevan la mira y, por consiguiente, llegan a mayor altura que los que ponen su mira más abajo*²¹.

La objetividad está ligada a la verdad, pero no puede considerársela absolutamente sinónima. La objetividad es tanto una actitud previa del comunicador como el resultado de una actuación profesional. El hecho de que la información y la opinión estén claramente diferenciadas entre sí, tanto en el aspecto lingüístico como en el tipográfico, y que la interpretación sea entendida como un ejercicio intelectual honesto en la contextualización y análisis de los hechos, puede ser una garantía aún más válida y definitoria que todas aquellas declaraciones de principios antes mencionadas. Y, por supuesto, en un orden pragmático, la objetividad supone una independencia real de cualquier grupo de presión o poder fáctico. Quizá este punto sea el más difícil dados los condicionamientos económicos que rigen el mundo de los medios de información. Respecto a ello, el filósofo existencialista alemán Karl Jaspers (1883-1969) escribió: *Lo que hoy día llamamos la publicística es más específicamente el mundo de los locutores y de los escritores, de los diarios y de los libros, de la radio y de la televisión. Esta «publicística» no es el terreno para proclamar una verdad única, sino el campo de batalla para todas las verdades (...). «Los periodistas son el tercer poder entre el gobierno y el pueblo, entre las acciones de los políticos y la falta de actividad organizada por parte del pueblo. Ellos crean el lenguaje de la comunicación. Pero esta tercera fuerza es significativa sólo si es independiente»*²².

Si aceptamos el símil bélico de Jaspers de que el periodismo es el campo de batalla para todas las verdades, no negamos en absoluto la posibilidad de cierta objetividad como meta intelectual sumamente deseable. Negar rotundamente esta posibilidad sería justificar de antemano muchas censuras y todas las imposturas. Y los abusos y las manipulaciones. Cuestionar la libertad de pensar, invalidar toda crítica, obligarla a creer en lugar de saber. La negación total de una posibilidad de objetividad está al servicio de cualquier poder que quiera imponerse apelando a la tremenda relatividad del mundo que nos rodea. No hay asideros. ¿Es mejor que nos sostengan?

El punto más alto en la teoría de la posible objetividad lo puso el filósofo austríaco y de adopción británica —recientemente fallecido— Karl Popper. Huyó, por así decirlo, del positivismo lógico y sus excesos por verificar teorías. Popper dijo que una teoría científica se caracteriza no sólo por el hecho de que pueda ser verdadera, sino también por el hecho de que pueda ser falsa. Esto quiere decir que cuando dicha teoría se enuncie, se haga de tal forma que quede expuesta a todos los desmentidos que pueda infligirle la experiencia. Si la experiencia transcurre tal y como la teoría lo había previsto de mo-

²¹ Gene Gilmore, *Una ética para periodistas*, artículo recogido en la obra de John Merrill y Ralph Barney, titulada *La prensa y la ética*. Buenos Aires, Ed. Universitaria, 1981, p. 35.

²² Karl Jaspers, *Philosophy is for everyman*. New York, Harcourt, Brace and World, 1965, p. 8.

do explícito, entonces la teoría es válida. De lo contrario, se la rechaza o se la revisa. Lo más importante de la idea desarrollada por Popper es lo siguiente: el desmentido no es un fracaso. Por el contrario, gracias a él, progresa la ciencia.

Un discurso es científico no solamente cuando puede ser comprobado por los hechos que permite explicar o prever, sino cuando puede ser falsado, porque su forma lo expone a todos los desmentidos posibles de la experiencia. El criterio de la objetividad es, por tanto, inherente al propio discurso científico.

Pero de todo esto es, precisamente, de lo que carece el discurso ideológico, y el periodismo es esta clase de discurso. Sin duda, puede ser coherente, explicativo y aun quedar comprobado por los hechos que permite explicar, pero no puede ser falsable. Toda su obsesión como discurso irá encaminada a demostrarse a sí mismo, a verificarse como sea, utilizando, desde luego, métodos inductivos. Se sitúa sobre un plano donde no se le pueden oponer ni los testimonios contrarios ni el fracaso de sus previsiones. ¿Por qué?: el lenguaje. El discurso ideológico, como todo discurso, está hecho de palabras. Su edificio lingüístico está construido de modo que es capaz de adaptarse a cualquier intento de invalidez. Es sumario, general y puede interpretar: la interpretación es su arma defensiva. Puede incluso gracias a la ambigüedad lingüística, integrar las objeciones, interpretando al que objeta a partir de los presupuestos de la ideología. Y esta actitud define bastante nuestro mundo inundado de discursos ideológicos —eso sí, con múltiples disfraces y máscaras—, donde la verdadera reina, como en el cuento de L. Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*, es la palabra, la palabra con todo su poder y su juego lógico de significación y de interpretación. Y a ella estamos supeditados.

El catedrático J. L. Martínez Albertos, en un artículo donde se preocupa por la construcción de las teorías en el periodismo, propone una definición desde el conocimiento científico que hoy se tiene de este gran fenómeno social: *Periodismo es aquella modalidad de la comunicación de masas que tiene como fin específico la difusión no intencional de hechos y el comentario subjetivo, pero honesto, de los acontecimientos socialmente relevantes*²³.

Los dos puntos con los que el profesor Martínez Albertos define y describe la actividad del periodismo son la clave de ese concepto de objetividad que, sin nombrarla, propone su autor. Y suponen teorizar acerca de algo sumamente interpretable: la conducta humana. Y aquí anidan los problemas que surgen de la teorización, problemas que he intentado exponer en las líneas precedentes y que resumo acudiendo a las propuestas de Martínez Albertos cuando explica que la honestidad en el comentario *ha de responder a las características del far comment, es decir: honestidad en el proceso mental que*

²³ J. L. Martínez Albertos, *Metodología para el conocimiento científico de la periodística*, en la revista *Periodística*, Barcelona. Nº 3, 1994.

va desde los datos a las conclusiones²⁴. Ese proceso mental se asoma al gran ventanal de las múltiples voces de los maestros cualificados que han elaborado teorías y revisiones, desde Aristóteles hasta los postmodernos, como Foucault, que anunció la próxima muerte del hombre porque ya ha perdido su lenguaje, no conoce el nombre de las cosas.

Persuadir, convencer, manipular: mundos con fronteras ocultas

Michel Foucault (Francia, 1926-1984) quizá exagere cuando afirma en su obra capital, *Las palabras y las cosas*, que sólo hay cosas dichas, y que el hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología del pensamiento. Y quizá también su próximo fin²⁵. Con ello Foucault se opone a todo narcisismo, en particular en las ciencias humanas, las cuales se basan en la idea aceptada previamente de que el hombre es el centro, el problema más constante del saber humano.

Amigo intelectual de Nietzsche, para Foucault el hombre también ha muerto —o casi— porque desaparecerá en los múltiples o infinitos fragmentos de un lenguaje que ya no puede dominar, que ya no puede entender. La Olenka de Chéjov se adelantó en esta idea cien años antes.

Este nihilismo flota en la corriente estructuralista que Foucault lleva a sus últimas consecuencias. Es radical en este aspecto como lo fue también Roland Barthes (Francia, 1915-1980), a quien se le considera el crítico literario del estructuralismo francés, cuando afirma que el poder *se inscribe* en el lenguaje, más exactamente en la lengua, cuyo código es represivo, alienante. Hablar no es comunicar, es sujetar: *La lengua, como actuación de todo lenguaje, no es reaccionaria ni progresiva; es simplemente fascista*²⁶. Parece ser que Barthes se arrepintió un tiempo después de esta declaración. Quizá porque el problema que se plantea por este tipo de juicios categóricos es que ¿qué nos queda? Si todo es ideología, absolutamente todo, el término no puede, en modo alguno, interpretarse, pierde el sentido. Si la lengua es fascista, si el ser humano ya no puede hablar porque se pierde en lo que dice, la única solución, nihilista al máximo, por cierto, es callarse. De nuevo, la trampa de la paradoja. Nadie puede tener una opinión propia porque ya se la han impuesto con la ideología suprema de las palabras de los otros. Olenka no tiene opinión, Olenka es un ángel.

Pero, sin embargo, Olenka sí habla: repite opiniones ajenas. ¿Ha sido manipulada, persuadida, convencida? No son términos sinónimos. Cada uno de ellos encierra una realidad bien distinta.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 374.

²⁶ Roland Barthes, *Lección inaugural del colegio de Francia*, recogida en el diario francés *Le Monde*, del 9 de enero de 1977.

La persuasión es un fenómeno de inducción consistente en el modo de argumentar una tesis sostenida con el fin de lograr en otros una adhesión ideológica sin violencia. Persuasión y argumentación van unidas en el concepto aristotélico de retórica y dialéctica. Hoy día, la mayoría de los pensadores aceptan y reconocen que el arte de argumentar, de debatir, es una de las mejores fuentes que nos quedan para llegar a una verdad. La persuasión es psicológica y se mueve en el ámbito de las ideologías. El lenguaje es su única herramienta. Quien sabe construir buenos argumentos es capaz de poder persuadir. Es un arte político, judicial y periodístico.

Chaïm Perelman sostiene que para aquel que se preocupa por el resultado, persuadir es más que convencer y cita a Rousseau, quien en su obra *Emilio* afirma que de nada sirve convencer a un niño *si antes no se sabe persuadirlo*²⁷. Pero Perelman se refiere aquí al valor psicológico de que la persuasión lleva implícito un rasgo emocional que determina cualquier posición racional. Lo afectivo siempre juega un papel decisivo en la mayoría de las personas a la hora de determinar su razón ideológica. Razón que no puede demostrarse con la evidencia de una demostración, sino tan sólo con la probabilidad de su verdad.

Para salvar las distintas interpretaciones, Perelman afirma que *es comprensible que el matiz entre los términos convencer y persuadir sea siempre impreciso y que, en la práctica, se suprima. Pues mientras que en las fronteras entre la inteligencia y la voluntad, entre la razón y lo irracional pueden constituir un límite preciso, la distinción ante diversos auditores es mucho más confusa, y esto tanto más cuanto que la imagen que el orador se forma de los auditores es el resultado de un esfuerzo siempre susceptible de poder reanudarlo*²⁸.

En la manipulación ya hay una intencionalidad previa que nada tiene que ver con lograr una persuasión o convencimiento en el otro puesto que no se respeta la capacidad del receptor para poder razonar su elección de aprobar o adherirse, o de rechazar las argumentaciones planteadas. La manipulación hoy día, en el mundo periodístico, se realiza de un modo más sutil que grosero; es decir, el recurso utilizado es la ocultación de datos antes que la mentira, fácil de detectar y difícil de sostener²⁹.

La manipulación es una forma de actuar en el momento de informar y de opinar sobre la información que origina el concepto contrario, es decir, la desinformación. Como tal acto, recurre a los mismos procesos que caracterizan la información, selección, jerarquización, decisión de la presentación del mensaje, elaboración lingüística y cálculo de sus efectos sociales. En cada

²⁷ Chaïm Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos, 1989.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ La profesora Luisa Santamaría ofrece en su obra *El comentario periodístico* (Madrid, Paraninfo, 1990) una clara explicación del concepto de manipulación y sus diferencias con la persuasión, pp. 40-44.

una de estas fases, la manipulación actúa con un propósito determinado: servirse del acto informativo para ponerlo al servicio de un concepto ideológico. Nietzsche, que vivió el comienzo de esta nueva realidad mediática, escribió: *Comienza a aparecer inevitable, vacilante, temible como el destino, el gran imperativo, la gran pregunta: ¿cómo habrá que gobernar la tierra? y ¿con miras a qué la humanidad, entendida como un todo —ya no como pueblos y razas— deberá ser dirigida y domesticada? Se aproxima el tiempo de la lucha por la dominación de la tierra. Será llevada a cabo en nombre de doctrinas filosóficas fundamentales*³⁰.

Creemos o no creamos la profecía de Nietzsche, lo cierto es que toda ideología se expresa con palabras antes que recurrir a los hechos —la guerra es un hecho— y con palabras también se alimenta y justifica. Por tanto, cerca está el concepto de manipulación con el de la retórica al servicio de las causas ideológicas. El arte de persuadir se manifiesta en el empleo de símbolos a través del lenguaje para influir en las creencias y en las actitudes. Y, por supuesto, en las actuaciones humanas. La retórica es el vehículo para provocar cooperación, identificación y para edificar verdades. Desde Aristóteles, la retórica se ha asociado inevitablemente con el discurso político. Y hoy aún más con el discurso de los medios. Persuadir significa organizar un discurso buscando una eficacia: la de construir una verdad, la de disfrazar una mentira, la de hacer verosímil una falsedad o la de proteger un secreto o destruirlo. Todos los juegos lingüísticos denominados retóricos —los juegos de palabras, los de sentido (sobre todo, la metáfora) y los de pensamiento— pueden utilizarse tanto para persuadir de un modo respetuoso hacia la libertad de conciencia del individuo, como para manipular la realidad con el fin de justificar una ideología que quizá de otro modo no pudiera coexistir en una sociedad abierta.

Todo ello nos lleva a la siguiente conclusión: los conceptos de persuasión y de manipulación conviven en una esfera en la que resulta a veces sumamente difícil establecer un radio fronterizo. Solamente un análisis comparativo de un mismo hecho visto desde las diferentes perspectivas de varios medios de información —en sus aspectos de elaboración lingüística: narración, interpretación y juicio— podría ayudarnos a situar el fenómeno persuasivo y el manipulador en un justo medio. Es ésta una tarea sumamente conveniente en el aprendizaje y en el ejercicio del periodismo. Sólo el análisis permite evaluar tanto la actitud honesta y responsable, como a la que se manifiesta antidialéctica e ideológicamente autoritaria. Y como resultado de ello, también permite elegir un discurso informativo válido en su conjunto por su coherencia y esfuerzo en suministrar todos los datos posibles de una realidad, por su empeño en aportar el contexto necesario al texto informativo y en el juicio ponde-

³⁰ Esta cita de Nietzsche aparece en la obra de A. Glucksmann, *El discurso de la guerra*. Anagrama, Barcelona, 1969, p. 7.

rado e independiente que va más allá de las apariencias, o, por el contrario, también pueda elegirse aquel que sirve intencionadamente al presupuesto de Nietzsche de vencer a toda costa con las armas de doctrinas filosóficas fundamentales. El análisis desenmascara y proporciona beneficios muy valiosos: la libertad de elección, valorar la razón frente a la desmesura de cualquier emoción tiranizante, exigir al periodismo la responsabilidad social que debe tener y situarse en el mundo en lugar de perderse en la espesura de las palabras cargadas de sentido y de intención doctrinaria.

Volvemos al principio y cerramos el círculo: Marina dice que la *lógica del ingenio impone una peculiar teoría de la verdad. La verdad ingeniosa es la opinión* y aparentemente tiene mucha razón cuando lo que el autor busca es al amante de las palabras y de los argumentos: *todo debe poder ser dicho de muchas maneras. Todo puede ser pensado de muchas maneras. La realidad es demasiado rica y el hombre demasiado inventivo para soportar una teoría reductiva de la razón. La libertad humana, surtidor sin fin, muestra su inventiva con las interpretaciones múltiples, teorías flotantes, lógicas plurales, obras abiertas. Teme toda clausura como una caída en la sumisión y en la inercia. Encerrarse es enterrarse. Aceptar una única verdad es ramplón, empobrecedor y, si me apuran, fascista. Cada cual tenemos nuestra verdad y, como tal, irrefutable y respetable*³¹.

Pero es posible que Marina haya quedado presa de su propia paradoja ingeniosa: lo importante, lo trascendental, no es que esa verdad que Marina trata con el mismo rango que cualquier opinión sea respetable, sino que pueda manifestarse y que pueda rebatirse. La última línea de esta cita del autor es contradictoria y bobamente emocional: no hay verdades irrefutables y no hay verdades «particulares» siempre respetables.

Lo importante es poder dar una opinión. Es poder argumentarla, sostenerla, defenderla. El que sea más o menos respetable lo decidirán aquellos que aceptarán nuestra opinión o que la refutarán con razones aún más convincentes e inteligentes. Porque, desde luego, todas las opiniones no son respetables. Si no aprendemos a considerar esto, nos sentiremos como Olenka, borrachos de ajenjo sin haberlo probado. Y esa es otra paradoja, triste y vulgar paradoja.

³¹ Marina, J. A., op. cit., p. 218.